



Me dispongo a la oración con estos textos

“ La razón de nuestra vida cristiana, de nuestra fe en la eternidad y en la vida futura, encuentra su máxima justificación en la Resurrección de Cristo.

–Guillermo Rovirosa, O.C. TV, 431

“ Toda injusticia que se comete contra una persona que trabaja es un atropello a la dignidad humana, incluso a la dignidad del que comete la injusticia: se baja el nivel y se termina en esa tensión de dictador-esclavo. En cambio, la vocación que Dios nos da es muy hermosa: crear, recrear, trabajar. Pero esto puede hacerse cuando las condiciones son justas y se respeta la dignidad de la persona.

Hoy nos unimos a muchos hombres y mujeres, creyentes y no creyentes, que conmemoran hoy el Día de los Trabajadores, el Día del Trabajo, por aquellos que luchan por la justicia en el trabajo, por aquellos –buenos empresarios– que realizan el trabajo con justicia, aunque ellos pierdan

–Francisco, Homilía 1 mayo 2020

Acojo la presencia de Dios y me sitúo en la vida

Hoy miro las alegrías y las penas, las luchas y las esperanzas del mundo obrero, de mis compañeras y compañeros, de mi equipo, de mis vecinos... Pongo ante la misericordia de Dios a quienes sufren desaliento, a los fallecidos en accidentes de trabajo y a sus familias... Especialmente acojo en mi oración a quienes se ven privados de la dignidad del trabajo.

Oración de un desocupado

Padre,
desde los cielos bájate.
He olvidado
las oraciones que me enseñó la abuela,
pobrecita, ella reposa ahora,
no tiene que lavar, limpiar,
no tiene que preocuparse andando el día por la ropa,
no tiene que velar la noche, pena y pena,
rezar, pedirte cosas, rezongarte dulcemente.
Desde los cielos bájate, si estás,
bájate entonces,
que me muero de hambre en esta esquina,
que no sé de qué sirve haber nacido,
que me miro las manos rechazadas,
que no hay trabajo, no hay.
Bájate un poco,
contempla esto que soy, este zapato roto,
esta angustia, este estómago vacío,
esta ciudad sin pan para mis dientes,
la fiebre cavándome la carne,

este dormir así, bajo la lluvia,
castigado por el frío, perseguido.
Te digo que no entiendo, padre, bájate,
tócame el alma, mírame
el corazón.
Yo no robé, no asesiné, fui niño
y en cambio me golpean y golpean,
te digo que no entiendo.
Padre, bájate, si estás,
que busco resignación en mí y no tengo
y voy a agarrarme la rabia
y a afilarla para pegar
y voy a gritar a sangre en cuello
porque no puedo más,
tengo riñones y soy un hombre.
Bájate, ¿qué han hecho
de tu criatura, padre,
Un animal furioso
que mastica la piedra de la calle?



Hoy me dice LA PALABRA...

Juan 21, 1-19. ¿Me amas? Sígueme.



Después de esto Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberíades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más

que unos doscientos codos, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red.

Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado.

Esta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos después de resucitar de entre los muertos.

Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero».

Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó:

«Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras». Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme».

Palabra del Señor



Acojo la Palabra en mi vida

Pedro tiene un protagonismo especial en estas escenas que narra el evangelio: la pesca milagrosa y el diálogo con Jesús. Pedro es quien se decide a pescar, quien toma la iniciativa de esa tarea a la que le siguen los otros discípulos. Es una metáfora de la acción evangelizadora de la Iglesia, comunitaria, apostólica. Una acción que solo fructifica si se inicia y se realiza junto con Jesús, en obediencia a su envío, a su Espíritu. Una misión que nos permite encontrarnos y reconocer al Resucitado en medio del quehacer. Una misión que nos lleva al encuentro con Él, y celebrar con Él la comida fraterna, la Eucaristía.

La presencia de Jesús es la que anima y da vida a la misión y a la vida comunitaria. Es Él el fundamento de nuestra comunión y de nuestra misión o, lo que es lo mismo, de nuestra vida creyente. Es escuchar a Jesús lo que vivifica la comunidad y hace fructificar la misión.

Y, de nuevo, el encuentro con Jesús es sanador. La primera parte de este texto nos deja una comunidad que no da fruto, y con un cierto tono entristecido en sus diálogos sobre la pesca, incapaces de reconocer a Jesús, tras su fracaso: «no cogieron nada». Es tras la escucha obediente de su Palabra cuando esa situación se transforma. Transforma a los sujetos, su ánimo, su mirada, su capacidad de reconocerle, y transforma el fruto de su trabajo. Transforma el espíritu de aquella comunidad que, ahora sí, es capaz de dejar el centro al Resucitado, y compartir la mesa fraterna que él dispone. Pero sobre todo es sanador para Pedro, que le negó tres veces y ahora se ve confrontado con la triple pregunta de Jesús: ¿me amas?

Nuestra misión evangelizadora no nace de una opción voluntarista y personal, ni siquiera comunitaria, sino de la elección primera del Señor, y de la capacidad de acoger su amor. Nuestro compromiso evangelizador no puede ser más que el nacido de la experiencia de sentirnos infinitamente acogidos, perdonados, y amados por el Señor; de experimentar su presencia amorosa en nuestra vida. Porque solo desde esa experiencia de amor podemos hacer de nuestra misión un camino para amar a las hermanas y hermanos, para reconocer en ellos al Crucificado-Resucitado que nos devuelve la conciencia de ser pecadores perdonados, y amados pese al pecado que es historia, pero que el amor supera.

Pedro ya no es el de los primeros tiempos, arrogante, orgulloso, sino el que consciente de su herida se ha dejado amar, y desarmar, por la entrañable misericordia de Dios que lo convoca a su propia tarea. Sanado podrá sanar. Perdonado, podrá perdonar. Amado, podrá amar. Convocado, podrá sostener a la comunidad. Invitado a seguir al Crucificado-Resucitado, podrá seguirle en comunidad, y convocar a otros a esa comunión misionera.

Nosotros, como Pedro, experimentamos que el Dios del amor sale a nuestro encuentro en la vida, para perdonarnos, sanarnos, y constituirnos en discípulos misioneros en su seguimiento. ¿Qué pasos he de dar en mi vida para acoger ese amor de Dios que me constituye y me pone al servicio de mis hermanas y hermanos?



Vuelvo a poner mi vida en manos del Padre

Tú sabes que te quiero

Señor, tú sabes que siempre te quise,
y que te sigo queriendo;
tú sabes que te quiero.

A pesar de mi soberbia y orgullo,
a pesar de mis miedos e infidelidades,
tú sabes que te quiero.

A pesar del cansancio y del abandono de tantos días,
a pesar de mi cabeza de piedra,
tú sabes que te quiero.

A pesar de que me cuesta adivinarte entre la gente,
a pesar de lo torpe que soy para verte vestido de pobre,
tú sabes que te quiero.

A pesar de mis dudas de fe,
e mi vacilante esperanza, y de mi amor posesivo,
tú sabes que te quiero.

A pesar de las bravuconadas de algunos días,
y de la apatía y desgana de otros,
a pesar de mis pies cansados,
de mis manos sucias,
de mi rostro destemplado,
tú sabes que te quiero.

A pesar de que me cuesta quererme a mí mismo,
a pesar de que no siempre te entiendo,
a pesar de los líos que presiento,
tú sabes que te quiero.

Yo te quiero, Señor,
porque tú me quisiste primero
y no renegaste de mí,
a pesar de ser torpe y frágil.

Yo te quiero, Señor,
porque siempre confías
en las posibilidades que tengo
de ser, junto a ti,
aquí en mi puesto,
servidor fraterno.

(F. Ulibarri)



Termino ofreciendo toda mi vida

Señor, Jesús, te ofrecemos, todo el día...

María, madre de los pobres, ruega por nosotros.